

VISTA A ESTRIBOR : ALICANTE .

Dicen algunos amigos, llegados en las últimas expediciones desde Francia, que, al pasar de noche, frente a las costas alicantinas, el barco que los conducía a Casablanca, navegaba tan cerca de tierra, que vieron las luces de la Explanada. ¿Las vieron, realmente? Es decir: ¿las vieron en la explanada o las vieron en el pozo de sus recuerdos, en cuyo fondo tiembla la pálida luna de nuestras noches de destierro? ¿Vieron, en verdad, las luces eléctricas, que son como dátiles luminosos de nuestras palmeras, encendidas en una verbena funeraria para velar a los mártires alicantinos de la guerra? ¿O vieron los fuegos fatuos de ese inmenso cementerio que es, hoy, nuestra tierra? Fuegos fatuos, fuegos locos, dicen los franceses, y acaso sea así porque todo parece locura.

Luces reales o mágicas, vistas con los ojos abiertos y fijos en el horizonte físico, o con los ojos cerrados, también fijos en sus alucinaciones; lo cierto es que la visión sacude todo nuestro sér. Ningún alicantino deja nunca de ver a Alicante. Yo lo tengo siempre al alcance de mi mirada. Para verlo, basta unas veces abrir los ojos, y, entonces, parece que se transparenta en los cristales de mis gafas; y otras, cerrarlos, y, entonces, se forma su imagen en el recóndito espejo de lo que fué.

Nadie ha cambiado el Alicante de mis recuerdos. Veo ahora el castillo y diviso claramente el perfil de la cabeza de moro, que lleva como turbante de piedra el "macho del castell"; el macho de nuestro himno. ¡Viejo conocido nuestro este moro en silueta, puesto allí para adoración de creyentes! Aquel moro es, al parecer, Ali-Mozelim, y la leyenda dice que de él y de su amada Cantarana, la doncella cristiana, desciende sino nuestro pueblo, por lo menos su nombre: Ali-cante. Don Salvador Sellés hizo del castillo "altar sagrado de nuestra adoración". Y yo veo a don Salvador, pequeño de cuerpo y grande de ensueños, con su chaqué y su sombrilla y su sombrero de media copa, dejando escapar bajo las cortas alas algunos rizados de su melenita romántica, hincado de rodillas ante el castillo:

"desde este mar azul de hirviente brillo

yo rezo al pie de tu peñón dorado"...

Don Salvador era espiritista; mejor dicho, era puro espíritu; y su invocación parece indicada para visitar aquel Alicante de nuestro pasado, que no es un Alicante muerto, pues nada muere en nuestro recuerdo. Don Salvador ya no está de rodillas. Se ha levantado y sacude con sus manecitas de los dos consonantes de el pantalón, pero no lo necesitaba. Viejecito pulcro y limpio, había extendido un pañuelo en el suelo. Ahora mira al puerto, al mar. Por allí pasaron, fantasmas anticipados de un futuro dramático, los amigos que vieron, al venir de Francia, las luces de la Explanada. Contemplemos el viejo puerto de Alicante. Sólo extiende, como los hombres, dos brazos. El otro, el nuevo, está todavía en la cantera. Así, su abrazo de bienvenida tiene mucho de humano. En el puerto está el "Besós", que es nuestro "Normandie" de 1900 y pico, un pico muy corto. No podría hacerse la historia de Alicante, sin tener en cuenta las proezas marítimas de aquel barquito. El "Besós" era el ordinario naval de Barcelona, antes del Estatuto, desde luego. El comercio de Alicante navegaba en su cascarón. Los almacenistas de tejidos, que iban dos veces al año a la capital catalana para reponer sus existencias de piqué, batistas y percales; los representantes y comisionistas de casas de maquinaria y de fábricas de harina -¿dónde ha habido más comisionistas que en Alicante?- viajaban siempre en el "Besós". Llegaba la nave legendaria los martes por la mañana. Las familias de los viajeros iban a esperarlos a la punta del muelle. Había que levantarse muy pronto, a las cuatro de la mañana. ¡Quién sabe, con la rapidez de las máquinas modernas, a lo mejor se presentaba el barco antes de hora! Pero el "Besós" nunca se adelantó a sus citas. No madrugaba. Quienes madrugaban eran los familiares de los viajeros. El madrugón despertaba el apetito, y en el banquito de la farola había siempre, a esas horas, un viejo que vendía "rollets y malaenes", esperando todos los martes al "Besós", como si fuese el encargado de prepararle el desayuno al vaporcito, con golosinas alicantinas. A las diez llegaba el navío. Todos habían hecho un viaje magnífico, decían para no asustar a los chicos; pero aún les duraba el miedo, *W*

recordando

~~recordar~~ cómo bailaba el barquito al pasar el golfo de Valencia. Nuestro "Normandie" era algo más grande que una gabarra; pero echaba tanto humo como un trasatlántico de verdad. En aquel humo del "Besós" ¡cuántos recuerdos danzan! El "Besós" era el barco de la emigración vergonzante de nuestra clase media, que marchaba en busca de empleo a Barcelona. ¡Cuántas pequeñas tragedias íntimas, menudas y familiares, en aquella emigración que se dirigía hacia el norte, que no se decidía a marchar a Orán! Junto al "Besós" solía estar anclado algún velero noruego, que descargaba bacalao. Los alicantinos desmenzábamos aquellas enormes cantidades de fardos de bacalao, deshaciendo con los dedos las fibras doradas de sus carnes mantecosas y saladas, y lo poníamos en aceite. Ningún alicantino que se aprecie olvidará fácilmente "unes molletes de bacallar inglés en oli". ¡Infeliz de quien no las haya probado! Por las tardes, a la hora de los paseos melancólicos por el malecón, del velero noruego salía una música sentimental, música de acordeón. Después, el marino del acordeón iba a emborracharse de ginebra al Café del Comercio.

{Hace años, en París, asistía yo a <sup>una</sup> ~~la~~ representación de "Maya", obra teatral poética y audaz. "Maya" es la ilusión indioasiática del amor. El autor la encarnaba en una prostituta de barrio marítimo, que bien podía ser Marsella. "Maya" recibía a sus clientes en ~~un~~ <sup>burdel</sup> sórdido ~~barrio~~, altar del deseo de los hombres. Uno de los clientes, atraído al templo del amor por la invitación carnal de "Maya", era un marinero noruego. No recuerdo -salvo que era rubio y fornido- cómo lo caracterizaba el actor. Pero recuerdo que al parecer el marinero en escena, pensé: "A este hombre lo he visto yo en alguna parte". Era, sin duda, el marinero que tocaba el acordeón en la popa del bricbarca noruego y que sonreía al camarero del Café del Comercio para que le sirviera más "gin".

El puerto de Alicante olía a bacalao y a heces de vino. Recogía las pestreiras emanaciones de las curdas francesas, pues el vino iba a Francia, desde donde nos devolvían los cascotes, es decir, los bocoyes. Aquel trajinar de pipas y toneles entre Cette (que entonces se escribía con ce y dos tes) y Alicante ~~era~~ era el símbolo de una alianza francoespañola, que todas las noches tenía su expresión versallesca en el cortés saludo -aunque vacilante por las libaciones- que aquel caballero francés amigo nuestro ha-

cía a la estatua de don Eleuterio Maisonave. "¡Bonsoir, monsieur!", decía el caballero francés, tanto más ceremonioso, cuanto mayor había sido su homenaje a la roja sangre de nuestras uvas. El puerto de Alicante olía también a abonos químicos, que entonces empezaban a ~~usar~~ <sup>emplear</sup> esa especie de mineros que con el azadón escarban la tierra hasta encontrar en sus entrañas profundas un poco de humedad, y que en Alicante llamamos, no sé por qué, labradores. Olía también el viejo puerto a otra clase de abonos, riquísimos sin duda en materias fertilizantes... Mas no conviene insistir sobre la materia. Todavía no estaba construido el colector "dels dotze pontets", y por algo se quemaba en Alicante tanto papel de armonía.

¡Viejo puerto de Alicante, al que acudían los carros de carga del kaspeig, del Rebolledo, de Torrollano y del Bacarot! ¡Viejo puerto, con sus barcas de pesca que llevaban nombre de mujer: "Matilde", "Amparo", "<sup>Remedios</sup>" "La Joven Lolita", homenajes amorosos a las robustas Orianas de aquellos rudos Amadises del Campello, y de Santapola, caballeros andantes del mar, vestidos con calzoncillos de bayeta amarilla! ¡Viejo puerto de Alicante, que montaba la guardia de nuestro tedio provinciano, con la doble centinela de sus dos luces -encarnada y verde-, que eran como la mirada tendida sobre el mar de los viejos prácticos del puerto!

Algunas figuras de aquel Alicante desfilan todavía ante nuestros ojos, viviendo la eterna existencia del recuerdo. Oímos el paso apagado, suave, de aquel varón inolvidable ante el cual se santiguaban algunas beatas, pero que en todas partes inspiraba respeto y cariño. Iba siempre bien abrigado, incluso en verano. A las horas de mucho calor se abanicaba suavemente con un número de "El Liberal". Tenía una barba rubia, en punta, y unos ojos muy vivos y ardientes, bajo unas cejas doradas, de oro viejo. Para las viejas beatas, aquel era el mismo perfil de Meristófeles. Era, sin embargo, un santo: San Antonio Rico. Le acompañaba el "mestre Poveda", y discutían unos compases de la obra que ensayaba el Orfeón. ¡Tra-la-lá... la-lá! Vemos, también, a aquel joven con chalina romántica, dulce y triste, arrancado de la portada de la primera edición de "Komada", en "El Cuento Semanal". Y se hace más tangible

nuestro recuerdo, cuando la figura real desaparece y en las noches quietas de una calle del Barrio de Benalúa se ilumina el cuadro abierto de un balcón. Todo está en paz y magia, y nada se ve. Sólo la claridad del balcón, donde brilla una lámpara, bajo la cual Gabriel Miró cincela su prosa limpia, hecha de luz alicantina. ¡Cuántas imágenes de ayer en el kaleidoscopio de hoy! Don Miguel Soler ya no hace "La Bruja", "La Tempestad", "El Jugar con Fuego". Endulza su retiro, escogiendo -pues va de compras por las mañanas- los mejores tomates de Jijona, los pescados más frescos. En el viejo mercado, le despacha "Pepe el Tenor", y el pescadero y el bajo célebre cantan a media voz un dúo de zarzuela grande, ante el público silencioso que forman sobre el mostrador de piedra las morenas, los pajeles y la bogueta.

En el kaleidoscopio, junto a las figuras más nobles y graves, aparecen otras jocundas y pintorescas. Francos Rodríguez preside un banquete de alcaldes; y, con el tenedor en la mano, como si fuera a trinchar al canalejismo, pronuncia un discurso, en el que la elocuencia política se unta con la grasa del abundante ~~xxxxxx~~ yantar. Desde entonces conserve del canalejismo indágena la imagen de un enorme bifee con patatas, devorado por aquel barbudo pantagrue que <sup>mascaba</sup> ~~pronuncia~~ discursos a los postres: "Señores y Señores, amigos todos de Alicante... "El cojo Sellés estrena su "Pozo encantado", obra de magia, y los admiradores del novel dramaturgo le acompañan en triunfo guasón a su casa: "¡Viva el chegaray alicantino". "Gracias, amado pueblo, no me oprimas"... El "Calamaro", bohemio del puerto, recibe una dádiva de un prócer: "Ñas, deu centims, pero no t'els malgastes". "No, ~~senyor~~; <sup>m'elgastare</sup> ¡qué hé de malgastar; tot en vi!"... Caballero, solista de cornetín en las veladas del Orfeón, hace durante el día de motor humano en la incipiente imprenta de Lorenzo Carbonell. Cogido a la noria de una pequeña marinería, da vueltas a la rueda. "Caballero, la imprenta simboliza el progreso de la humanidad", le dice, al pasar, un chusco. "¡La imprenta -contesta, con desprecio, Caballero, sudoroso y fatigado, recordando sus trabajos de motor humano-, la imprenta es un cagaor de coloms!" Y sobre ese confuso desfile de imágenes, sublimes y entrañables unas, toscas y pintorescas otras, se dispara un estruendo de bombo y platillos: es la banda del "mestre"

Calseti, que interpreta lo que llamábamos, por su acento, un pasacoble chino: "chin, chin, chin, pon".

Pasan los ciegos de la rifa. El tío Conill, se aprieta el bandullo con un bastón apoyado en tierra, para reducir su hernia. Era la hernia más popular de Alicante en aquella época. — "El setanta set, les banderes de Italia"; "el ventidos, els dos patos"; "el huitanta huit, les mamelles de Quica"; "el noranta nou, la agonía"! Hay ciego que reparte, con los números de la rifa ("alt y baix"), la suerte en este mundo, y hace también promesas maravillosas para el otro. Se acompaña a la guitarra canciones de milagros, vidas de santos:

"Santa Rita d'Ascasia,  
y ascuchen todos;  
esta mujer fué santa  
de varios modos."

Por la tarde, salen las viejas fabricantas de la Fábrica. No cigarreras, fabricantas. Nuestra Carmen no es la de <sup>merimée</sup> ~~Merimée~~. Ni es Carmen. Las viejas fabricantas llevan su nombre en diminutivo: Carmeleta, Rosariet, Visanteta, Remedets. Ser fabricantas era, entonces y allí, ser algo importante. Lo de fabricantas tiene en Alicante mucho de título nobiliario. También la gente del pueblo tiene sus pergaminos. Fabricanta y "capatas" del moll", magnífica base para una familia alicantina! Son los Infantados y los Medina-Sidonias, los Montmorency y los Malboroughs de la tierra. Son, en realidad, mejores que éstos. Marchan las viejas fabricantas, camino de sus casas, a pie, en grupos o en procesión. La edad, el picorcillo del tabaco, el haber estado todo el día sentadas... no sé lo que es. Pero el desfile se acompaña de una música que casi siempre procura ser sorda y tímida, pero que, en algún momento, ante alguna fuerza incontenible, llega a tonos brillantes: "pets y rots". "Pet": "¡Quin flato, no emdeixa viure!" "Rot": "Lo meu es histéric". El flato y el "histéric" agotan en las fabricantas el catálogo de sus dolencias que, algún día, pondrán en las manos milagrosas del "Baldaet", extendidas sobre un cántaro de agua. "Pet", "rot". "Histéric", flato. *Johano, chano*, hacia casa, "a fer el sopar".

Hay otras viejecitas en Alicante que no son fabricantes: son las vestales del "solsiet". En las viejas familias alicantinas hay unas ancianitas inverosímiles que nadie sabe cuántos años tienen. Son las tías de la familia. Tampoco sabe nadie de quién son tías exactamente; son tías de todos. Se acuerdan de los fusilamientos del feroz Roncalí, en el malecón. Son como duendes amables de las casas, por donde vagan casi sin hacer ruido. Guardan, en unas bolsas, trapitos, botoncitos, ricitos, lacitos, papeles arrugados: recuerdos entrañables del novio que no llegó a casarse, o del marido que murió joven, o del hijo que nació sin vida. ¡Quién sabe cuánta ternura, cuánta novelería hay en esas tías viejecitas de las familias alicantinas! No salen de casa: "La última vez que tomó la tía el tranvía de mulas, se mareó". Hacen calceta y -aquí está el secreto de su longevidad- cuidan el "solsiet". Son, <sup>repito</sup> ~~como he dicho~~, las vestales del "solsiet". El "solsiet", amigos míos, es la quinta sinfonía de la cocina alicantina, <sup>como se sabe,</sup> ~~que es, como se sabe, una~~ cocina para hombres civilizados. El "solsiet" <sup>que es un sistema</sup> lleva, en la lentitud de su química, un arrastre de siglos, un sedimento de cultura, de arte y de ciencia. Desde el cavernícola devorador de carne cruda, hasta el alicantino que paladea un "solsiet", hay toda una civilización. El "solsiet" es, en verdad, la esencia de la vieja civilización mediterránea. Pero el tema es delicado. No se puede hablar de estas cosas, sin descubrir todo lo horrible de nuestra desventura, alejados de las gracias de la cocina alicantina. Puede decirse que el alicantino se aparta de la bestia, se diviniza por su cocina, pues en ella encontráis platos dignos de los mismos dioses. ¡Terrible tormento, pues, el de la ausencia! Nuestras noches de destierro se llenan de pesadillas crueles y en nuestros sueños vemos rodar endiabladas cazuelas de "arrós en costra" -tesoro escondido, precursor quizá del tesoro del Vita-, de "arrós a la marinera", de gaspachos, de "estofats secs o caldosos"; danzas infernales de "taronchetes del puchero", de "blanquets" y "botifarretes d'encarrec", y hasta bailes burlescos de "coquetes de San Chuan", turrone y pasteles de hojaldre. Las tenues hojas de estos pasteles, con ricas y doradas ilustraciones de cabello de angel, forman <sup>un</sup> libro inmortal que es como el resumen de nuestra Biblia culinaria. ¡Cuánta impaciencia

por releerlo!

La imagen de aquel Alicante se hace vagorosa en las columnas de humo, en los rizos de vapor azulado que despiden las cazuelas del "solsiet". Fantasmas irónicos, sombras vacilantes, maniqués con vida, quimeras que hablan, brujas y magos familiares. Ahora veo, paseando por la calle Mayor, a unos jóvenes que llevan pantalón blanco y se cubren con la gorra del Club de regatas. Son los bizarros pollos que se lanzan a la cruzada de la "propaganda del clima". Su misión consistía en demostrar a los termómetros que, en invierno, no hace frío en Alicante. Para ello, en ~~invierno~~ <sup>Enero</sup>, vestían pantalón blanco y no llevaban abrigo. Cuando los termómetros parecían ya convencidos, los señoritos invitaban a Su Majestad para que disfrutase la ~~suja~~ <sup>regias</sup> benignidad de nuestra invernada. Y, a penas el tren real llegaba a la uncina, se desataba -nunca falló- un fuerte y frío temporal de Levante, que los señoritos trataban de vencer luciendo sus pantalones veraniegos, como para asustar al frío. Federico Soto, después de estornudar, explicaba <sup>entonces</sup> al Borbón, mientras éste se subía burlescamente la bufanda hasta <sup>regias</sup> las narices; "Crea vuestra majestad que durante todo el invierno hemos tenido verdadero calor. Hace precisamente una semana se estaba bañando un inglés en el Postiguet. Es incomprendible este frío". En esto consistía la "propaganda del clima", <sup>es la que deben los pollos distinguidos de Alicante sus mejores resfriados.</sup> el inglés que se bañaba en el Postiguet en pleno invierno era una figura tan metida en nuestras costumbres invernales como el "chiquet qu'es baña el garronet" en la fuente de la plaza de la Constitución. Por lo regular no era inglés; pero para el caso, es lo mismo. En el verano, era aquel Alicante de los trenes botijos que hacían de Madrid un <sup>o de Alicante un barrio madrileño</sup> barrio alicantino. Llegaban, muy redichos, los personajes de López Silva y de Arniches -alantino adelantado en la corte para crear los <sup>que nos enviaba en</sup> tipos ~~los~~ trenes botijos-, y al llegar cada expedición se repetía el mismo chiste. El de la buena barriobajera que gritaba a su cónyuge, tan pronto pisaba el andén de la estación: "Vámos, <sup>Julian,</sup> ~~miro,~~ no sueltes al peque. A ver si se cae al mar y se ahoga, que Alicante es puerto náutico, y el pobre todavía <sup>Susana</sup> no sabe nadar". Aquel "peque" de <sup>Julian</sup> ~~miro~~ y de su ~~complementada~~ <sup>Susana</sup> ha sido, sin duda, pasados los años, uno de esos héroes anónimos de la defensa de Madrid, y es posible que su



caballeros con bañador de media manga, a rayas como los colchones, y las señoras con unas batas que se ~~se~~inchaban como paracaídas, para descubrir a los salmonetes los naturales globos femeninos), en esos viajes tranviarios de las dos de la tarde, bajo el sol veraniego de Alicante (el aire y el ruego, sin movimiento, suspendidos como en una siesta infernal) subían las mulas de los tranvías las <sup>questecitas</sup> ~~dos~~ ~~xxxxxxx~~ inverosímiles. Una de las pobres bestias levantaba <sup>entonces</sup> la cola y exhibía a los pasajeros una especie de tomate muy rojo y muy encendido, que se abría para dejar paso a un rosario de bolas doradas y humeantes. Iba ya <sup>bajando</sup> ~~se~~ el rabo, pero parecía que la mula, o mejor aún, su tomate, se había olvidado de algo. Volvía a levantar la cola, el tomate se convertía en pebetero, y entonces se oía un sonido turbio, apagado, mientras quedaban suspendidos en la jardinera los gases digestivos del satisrecho animal, envolviendo el denso sahumero a los pasajeros como la aureola de los santos. Algún caballero indiscreto comentaba: "¡Quina bará de...!# Las mamás procuraban que no lo oyeran los niños -bastante tenían con olerlo-, y se abanicaban con el pay-pay de cartón, regalo de la Aquaneta, que llevaba impreso el programa de los festejos veraniegos: A las seis; diana; a las siete: disparo de cohetes; a las once: baños de mar; por la noche: verbena. Y las mulas del tranvía continuaban lentas, seguras y resignadas su subida por la cuesta caldeada e ~~xxxxxxx~~ ~~xxxxxxx~~ inexistente. Aquellos tranvías tenían, a pesar de todo, una gloriosa historia militar. Quiero decir, que montando en sus jardineras o en sus coches cerrados se habían alcanzado altos grados ~~xxxxxxx~~ en la milicia. En aquellos tranvías ganó su Austerlitz, su Marengo, su Arcole aquel magnífico húsar de Pavía, destinado en la escolta del general, que, de teniente llegó a coronel, montando en los tranvías de mulas de Alicante. ¡Original y pacífica cabalgadura! Todos lo recordaréis. Salía nuestro héroe de su casa, en una de las últimas calles de Benalúa, y con aquellas notables condiciones de mando que se reconoce a los grandes capitanes, daba una voz al tranvía, que se paraba en la esquina. "¡Hecep!" entonces, para alcanzarlo, el bizarro húsar empezaba a correr, dando vuelo al dolman, zarandeando la pasamanería y perifollos del vistoso uniforme, arrastrando el sable de caballería y armando un estruendo de diez mil demonios

con toda la quincallería que adornaba entonces a un húsar de Pavía en estado natural. Llegaba el intrépido caballero al tranvía y, con agilidad de buen jinete, ponía pie en el estribo y ¡zas! caía en su asiento con un ruido como si se desplomase el escaparate de casa Maylin. Repitiendo estas heroicas cargas casi todos los días, fué subiendo en el escalafón, y montando en el tranvía como en el más brioso corcel, llegó su ascenso a coronel. Hubo que destinarlo entonces a un regimiento. Tomó en África el mando del de Taxdirt; y en una revista, ante el infante don Carlos, salió limpiamente por las orejas del caballo. Nuestro húsar era de caballería; pero, más exactamente, sin duda, de caballería de tranvía de mulas. Ascendió, por fin, a general y se volvió a Alicante, donde se dedicó a recoger racholetas y llegó a ser alcalde de la Dictadura. Pero una gran desventura amargó el retiro alicantino a nuestro héroe ecuestre: <sup>habían desaparecido los haurios de mulas:</sup> en Alicante) había ya tranvías eléctricos.

Era el Alicante de los primeros <sup>dialogos</sup> ~~monólogos~~ bilingües del tío Cue y de mi lord Quico, <sup>criaturas</sup> ~~monstruos~~ internacionales que tienen su descendencia <sup>legítima</sup> en un personaje que acaso conozcán <sup>han</sup> ~~habían~~ vivido en Orán. Me refiero a "Cagayous", <sup>figura</sup> ~~personaje~~ de ficción incorporado a la literatura francesa, por la edición que de su curioso diario hizo la "Nouvelle Revue Française". El sabio filólogo, profesor universitario de ~~Kampskkar~~ Montpellier que descubrió esta joya literaria, escrita en casi alicantino con ortografía francesa, se calentó mucho la cabeza para descubrir el origende aquella lengua misteriosa. ¿Era latín, portugués, italiano, provenzal, castellano o algún otro romance desconocido lo que hablaba el famoso "Cagayous", <sup>tipo</sup> ~~personaje~~ popular del bajo Orán, bohemio de puerto mediterráneo, pariente próximo de "Calamaro"? Yo leí el libro y descubrí el misterio. "Cagayous" hablaba, sencillamente, en alicantino. "Cagayous" era un descendiente auténtico del tío Cue. <sup>emigrado o orgas...</sup> Era el Alicante que enviaba a los niños que acababan de tener la tosferina, a respirar el "aire puro" de los pinos del paseo de Campoamor. Aun no había plantado el Dr. Rico la pinada del castillo, y aquel reducido triángulo ralo y seco de pinos escuálidos y sedientos, blanqueados por el polvo de la carretera de los Angeles, era la Suiza urbana de Alicante. Se iba allí, por las tardes, con la merien-

da, para hacer<sup>se</sup> salud, como se iba en Europa, a Chamonix o a Interlaken. Tartarín en los Alpes no pudo nunca soñar con la grandiosa aventura de los niños alicantinos explorando, mientras convalecían de tosferina, la selva raquílica del paseo de Campoamor. Era el Alicante de "los coquetos en molletes", "dels rollets d'aiguardent" <sup>dels "lorvals y</sup> y <sup>tramusos del tio Pep"/</sup> ("Tío Pep, qué li fa mal? —Keii, el cacau"), de las <sup>duras y</sup> galletas saladas, "del agua sivá del tío Quico", de tantas golosinas <sup>en</sup> <sup>las</sup> que los muchachos gastábamos entera nuestra fortuna (una perra gorda por aquí, otra "moneeta" por allá), antes de lanzarnos a disiparlas en cantuesos y partidas de dominó, como los hombres, y de descubrir los misterios prohibidos de la calle de Teatinos. Era el Alicante de los novios viejos (¿habéis visto en otra parte esas parejas de novios que festejan toda la vida, sin casarse?), de los idilios precoces, encendidos entre olor de nardos y jazmines, en las cálidas noches de verbena, mientras la banda del Regimiento toca "El anillo de hierro", cuando las muchachas en flor, -flores únicas, las muchachas de Alicante- llevaban todavía falda larga y namgas con bullones. Las faldas fueron subiendo, subiendo; los trajecillos se hicieron más livianos y transparentes; se adivinaban mejor las flores ocultas de las muchachas en flor, y ya se sabe <sup>cómo</sup> ~~que~~ todo eso acabó en el Frante Popular.

Era el Alicante... Pero ya todo se hace azul y lejano. Está, sin embargo, tan cerca de nosotros. Alicante parece ahora envuelto en su luz única, luz de transparencia nítida, de pureza inefable. Pero hay algo que ya no nos lo deja ver en su luminosidad irreal. Una extraña humedad enturbia el paisaje de nuestro recuerdo, como el vaho de los cristales de una habitación caldeada, al otro lado de la calle, <sup>en</sup> ~~una~~ fría mañana de invierno. ¡Extraña humedad que todo lo hace vago y borroso! Es que las lágrimas empañan nuestros ojos. Llevamos en el corazón el calor de Alicante, y fuera cruje el frío del destierro.